

Sueños salvajes

Daniel Loewe

Facultad de Artes Liberales,
Universidad Adolfo Ibáñez



Si la burocracia tuviese un lema, sería del tipo: “lo que puede ser reglado, debe serlo”. La furia regulatoria tiene causas: mientras más reglas, más imprescindibles los burócratas y mejor justifican su existencia. También lo hacen suyo los políticos profesionales. Es una estrategia para obtener y mantener el poder.

Si no hay fondos para distribuir (y las arcas están más que escuálidas), al menos se puede legislar, hacer reglamentos, etcétera, promesas de papel para solucionarlo todo. Incluso es corriente que se “evalúe” a los legisladores según cuantas propuestas hayan presentado (mientras más, mejor, sin importar qué). Y así, el hiperactivismo regulador desata un proceso que, como bola de nieve, crece y engorda mientras se desliza por las laderas de la contingencia.

Una autopoiesis desbocada que va infiltrando los tejidos sociales (la metáfora sigue con la metástasis). Una absurda hiperregularización que ahoga la creatividad, la espontaneidad, y finalmente impide cualquier movimiento: la llamada per-

misología.

Ejemplos sobran. Piense en algunos de moda. El Servicio de Impuestos Internos que, cual Trump gobernando por decreto, regula al borde o quizás más allá de la legalidad. ¿Funcionarios ejemplares? Si considera que mediante procedimientos el Estado estabiliza expectativas, el daño que están haciendo es enorme (recuerde la caricatura de Quino: una viñeta llena de gente insegura y policías acariciando sus bastones, y un anuncio que reza: “¿A qué no saben prohibido qué?”).

O la ley que exige grabar el número de patente en los vidrios del auto, con la que el Estado traspasa a los particulares la responsabilidad por la seguridad pública, y a cuya base no hay más evidencia que la creatividad de algún genio del Ministerio de Transporte (¿por qué no una ley de rejillas en las ventanas o de puertas de seguridad para evitar robos en las casas? Pero, por favor, con costo deducible, como correspondería con el grabado de vidrios).

O el desastre de la ANID que, mien-

tras da manotazos de ahogada en un caos institucional de regulaciones, tiene a la comunidad científica en ascuas, con cuentas sobregiradas, y estresada tratando de navegar entre exigencias desmedidas. O Procultura y fundaciones varias. Podríamos seguir y seguir.

Y en medio de este marasmo, sabemos

“Sabemos que 25 mil funcionarios públicos vacacionaron con licencias médicas. ¿No puede la furia regulatoria regularlos también a ellos?”.

que 25 mil funcionarios públicos vacacionaron con licencias médicas. ¿No puede acaso la furia regulatoria, regularlos también a ellos? Obviamente, faltan los incentivos. En el mundo privado funciona mejor. Y es que,

como ya notó Aristóteles, nadie cuida lo ajeno como si fuera propio; que ahora, además, se diluye en una abstracción sin rostro: lo ajeno es de todos.

Y así, mientras algunos presidentiables con cara de circunstancia siguen apelando al Estado como solución a los problemas, en realidad —cual revancha a las retroexcavadoras— se fertilizan con esteroides los sueños salvajes con motosierras.